

doña María también se levantó de la mesa rezongando unas cuantas blasfemias contra el risueño Licenciado, y se marchó sin decir: ahí quedan las llaves. Don Dionisio se manifestó avergonzado por el poco fruto que sacó de su preparativo; doña Matilde y Pudenciana se afligían al contemplar el grado de delirio de sus deudas; el padre don Jaime decía que eran humoradas pasajeras; el coronel todo lo escuchaba con prudencia; pero Narices, después que se cansó de reir, dijo á don Dionisio:

—No pienses, amigo, que hemos logrado poco; ellas van como perro con cohete en la cola, ardiendo contra mí; pero van espantadas de que les he sacado á plaza su hipocresía, y lo peor es que no es otra cosa. No te fíes de tu mujer ahora, y menos de tu hija. Sábetete que cuando yo era colegial tuve unos amorcillos puramente platónicos con una muchacha inocente y á la que su madre tenía en gran concepto de virtuosa; pero no obstante, se iba á almorzar conmigo á la Alameda con una prima suya cada vez que yo quería; y ¿cuál piensas que era el pretexto con que salían de casa? No otro sino el de que iban á confesarse y á comulgar. De manera que si yo hubiera sido más tunante ó ellas más locas sucede una avería bajo unos pretextos muy engañosos. Conque no te descuides.

El coronel apoyaba con la cabeza el consejo del Licenciado, y doña Matilde, cansada de esta crítica contra

su hermana, trató de que nos reuniéramos á la siesta, lo que hicimos cada uno según su gusto.

Tres horas habrían pasado, cuando estando tomando chocolate en la sala, entró una criada diciendo:

—Señores, el paje dice que han matado los caballos á la niña.

Fácil es concebir el efecto que causaría en todos semejante noticia. Sorprendímonos, bajamos al patio, entramos á la caballeriza y encontramos á Pomposita privada en brazos del lacayo, con unas tijeras en una mano y un manajo de cerdas en la otra; el caballo azorado todavía y sin un pelo en la crin ni en la cola, nos hubiera sido un objeto de risa si lo permitiera la triste situación de Pomposa, á quien subieron las señoras á la recámara, y habiendo llamado al médico á toda prisa, le proporcionaron los remedios oportunos.

Entretanto que Eufrosina, la tía vieja, doña Matilde y Pudenciana, con lágrimas, gritos y apretones de manos aplicaban á la enferma las medicinas que el médico ordenó, el cuitado de don Dionisio se desgredaba y pateaba en la caballeriza al ver á su caballo tan mal parado, ignorando la causa de semejante fechoría. El lacayo, aturdido con las amenazas del amo, no sabía qué decir, pues en realidad el pobre no vió entrar á la niña y sólo acudió á favorecerla al ruido de las coces del caballo y del fuerte grito de Pomposa.

Sin embargo de todo esto, no se aquietaba don Dionisio; lo hizo encerrar en un cuarto, con intención de matarlo á palos si averiguaba que había estado en él la culpa.

Así que calmó un poco su primera cólera, subió á ver á su hija, á la que halló enteramente buena, pues más fué el susto que el daño que recibió. Entonces le preguntó quién había tuzado á su caballo, porque si había sido el lacayo le iba á dar tanto palo que de su casa iría al hospital y de éste á la sepultura.

—Aunque me ahorquen, decía, aunque me ahorquen, esta infamia no la perdonaré en mi vida.

Pomposita, agitada por su conciencia escrupulosa, le dijo que el muchacho no tenía la culpa; que ella había trasquilado al caballo porque no le alcanzaban las cerdas que le había llevado su tía doña María para hacer su cilicio; pero que si había hecho mucho mal en esto, suplicaba el perdón humildemente.

Cuando don Dionisio se impuso á fondo de que su hija había sido la autora de semejante daño, poco le faltó para afianzarla y darla una tunda como la merecía; pero se contuvo por el respeto de su cuñado y los demás señores.

—Vean ustedes, decía: ¡haberme perdido esta maldita muchacha un caballo tan lindo y generoso que me costó trescientos pesos! ¡Voto á!...

—No te aflijas tanto, decía el Licenciado disimulando la risa; para todo hay remedio en esta vida.

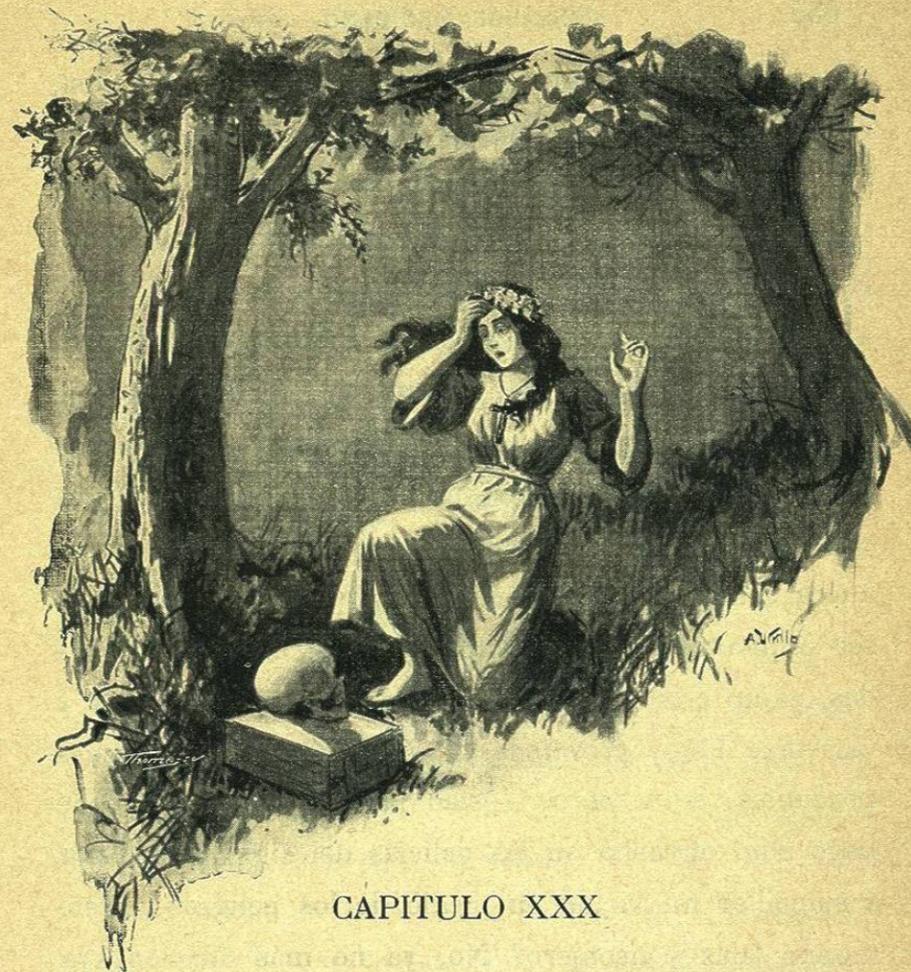
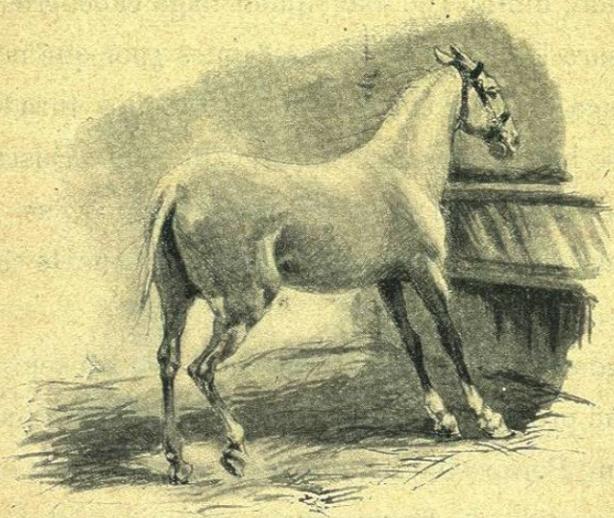
—Pero para esto no; ¿qué remedio puede haber para que le nazcan las crines y la cola á mi caballo, cuando esta diablo le tuzó enteramente, y está tan feo que ya no queda para otra cosa sino para echarlo á la carga? ¡Que no te hubieran matado, condenada, que bien lo merecías!

—¡Vamos, hombre, no te apures! continuaba el Licenciado, dime: ¿no hay quién haga cabelleras y casquetes para los calvos y tiñosos? pues ¿por qué no habrá quién haga crines y colas para los caballos tuzados? Se harán, se harán, y yo me encargo de ello. Buscaremos un caballo de igual pelo, lo compraremos, se tuzará, y con sus crines y cola se suplirán las que le faltan al retinto.

Algo se serenó don Dionisio con este consejo, á cuya serenidad procuraron todos concurrir del mejor modo que pudieron. Pomposita, así que vió á su padre tan enojado, tomó el partido de fingirse más adolorida del estómago para indultarse del castigo que aún esperaba; se le repitieron los remedios, y á poco rato de su nueva convalecencia se despidieron todos y se retiraron á sus casas.

¿Quién no se persuadirá á que Pomposa, escarmen-tada con este lance en que pudo haber peligrado su vida,

se dejaría de sus ridículos fervores? Pues no fué así; su vocación no estaba pegada con oblea; era muy tenaz en sus proyectos, y así emprendió otro que le salió más caro que el antecedente, como se verá en el capítulo que sigue.



CAPITULO XXX

En el que se sigue tratando de la santidad de Pomposa, y su heroica resolución de ser ermitaña

Había dado Pomposa en que era santa y que para hacer milagros no le faltaba sino vivir en el Yermo. La vieja beata con sus elogios y cuentos la alucinaba más cada día; nuestra devota visionaria, que no necesitaba mucha espuela, creyó que el demonio, temeroso de la guerra que ella le había de hacer en el desierto,